

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA
S. I. Catedral de Santander, 15.08.2009

MARÍA, SIGNO DE ESPERANZA

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

“Alegrémonos todos en el Señor al celebrar este día de fiesta en honor de la Virgen María: de su Asunción se alegran los ángeles y alaban al Hijo de Dios”. Estos son los sentimientos de gozo, que expresa la antífona de entrada del misal romano en la liturgia de este día grande.

En medio del verano celebramos la fiesta en honor de la Virgen María en el Misterio de su Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Se trata de un dogma mariano, proclamado por el Papa Pío XII, el 1º de noviembre de 1950, recogiendo el sentir del pueblo fiel y de los pastores de la Iglesia: *“Que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, acabado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial”* (Pío XII, Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*).

La Virgen María, signo de esperanza

“La Madre de Jesús[...] precede con su luz al pueblo de Dios peregrino como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor” (*LG 68*). Es bueno que contemplemos a Nuestra Señora, ya definitivamente en la gloria del Padre. Contemplar así a la Virgen despierta en nosotros el deseo de eternidad, del encuentro definitivo: “Ven, Señor, Jesús” (*Ap 22, 20*).

El Papa Pablo VI, en su Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, n. 6, nos ofrece el sentido y el mensaje de la fiesta: *“La Asunción de María es la fiesta de su destino de plenitud y de bienaventuranza; de glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal; de su perfecta configuración con Cristo Resucitado; una fiesta que propone a la Iglesia y a la humanidad la imagen y la consoladora prenda del cumplimiento de la esperanza final; pues dicha glorificación plena es el destino de aquellos que Cristo ha hecho hermanos teniendo en común con ellos la carne y la sangre”.*

María, en el misterio de la Asunción, “es figura y primicia de la Iglesia, que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza del pueblo de Dios peregrino en la tierra” (*Prefacio de la solemnidad*). María es la mujer descrita en el libro del Apocalipsis (*primera lectura*): “Apareció una figura portentosa en el cielo. Una mujer vestida del sol, la luna por pedestal y coronada de doce estrellas”. La Virgen María es la primicia de los redimidos por Cristo, el fruto más espléndido y granado de la redención de Cristo (*segunda lectura*).

La Iglesia nos invita a levantar la mirada y el corazón hacia la Virgen María, la cual brilla ante el pueblo cristiano como modelo de todas las virtudes: la fe y dócil aceptación de la Palabra de Dios; la obediencia generosa; la humildad sencilla; la caridad solícita; la piedad hacia Dios pronta al cumplimiento de los deberes religiosos; la fortaleza en el destierro; la pobreza llevada con dignidad y confianza; el vigilante cuidado del Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz; la pureza virginal; el fuerte y casto amor sponsal (cfr. *Mc 57*).

La figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece al mismo tiempo el modelo perfecto de discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna, promotor de la justicia que libera al oprimido, y de la caridad, que socorre al necesitado,

pero, sobre todo, testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones (cfr. *MC* 37).

Al hombre contemporáneo, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, al Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en al Ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte (cfr. *MC* 57).

La Iglesia nos invita a acudir a la Virgen María, que está cerca de Dios y cerca de los hombres. Desde el cielo no se desentiende de sus hijos de la tierra. La Iglesia ve a María como Madre e Intercesora en los graves problemas de los individuos, de las familias y de los pueblos. La ve socorriendo al pueblo cristiano en su lucha contra el mal. Por ello, la Iglesia quiere avivar la memoria de la Virgen María en nuestra sociedad marcada por el secularismo, por le indiferentismo religioso y por la “dictadura del relativismo”. La Virgen María nos ayuda a no dejarnos dominar por el miedo y la desesperanza ante las dificultades actuales y a comprometernos en la construcción de un mundo nuevo en paz, sin violencia y terrorismo, más justo, más fraterno, más solidario. La Virgen nos invita a poner la esperanza sólo en Dios, que “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (*Lc* 1, 52). La Madre de Dios nos mueve a transformar con la fuerza del Evangelio de su Hijo Jesús los criterios de juicio, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación (cfr. *EN* 19).

Hermanos: os invito al gozo y a la fiesta con toda la Iglesia. Lo que en María ha sucedido es lo que debe suceder en nosotros: donde está ella, estaremos también nosotros. En este día de fiesta, os invito a tener un encuentro con la Virgen, la “llena de gracia”, la “bendita entre todas las mujeres” de todos los tiempos y lugares.

Ruega por nosotros, Virgen María Asunta a los cielos en cuerpo y alma, *vida, dulzura y esperanza nuestra*. Amen.